



Gana el cazamoscas

Tom Wolfe se quedó descansado. Fallecido en mayo, el conocido como padre del nuevo periodismo –ya está dicho– publicó antes de morir *El reino del lenguaje*, que ahora llega en versión castellana y catalana (Anagrama/Empúries). El libro es un repaso al siglo y medio de investigaciones sobre de dónde sale el lenguaje, la facultad de los humanos de hablar, y todo para destruir la figura de Noam Chomsky.

Wolfe confiesa que quedó pasmado cuando, el año 2016, leyó un documento firmado por el gramático generativista y otros siete investigadores en que confesaban que estaban “dispuestos a abandonar toda esperanza de hallar nunca una respuesta” sobre los orígenes y la evolución de nuestra capacidad lingüística. Me imagino que el periodista, después de haber visto durante toda su vida que la figura de Chomsky crecía y crecía hasta convertirse en gigantesca, se puso como una mona cuando vio que, en los últimos cuarenta años, lo único que habían conseguido “algunas de las mentes más privilegiadas del ámbito académico” era “una pérdida de tiempo colosal”: “No han descubierto nada de nada sobre el lenguaje”.

A partir de ahí, Wolfe repasa la historia de la investigación del origen del lenguaje, empezando por Charles

Wolfe desmitifica la figura de Chomsky a través de 150 años de estudios sobre el origen del lenguaje

Darwin, el autor de *El origen de las especies*, que vincula a los humanos con los simios y que tampoco supo dar respuesta a aquel eslabón perdido que aún nadie ha encontrado. Darwin es la otra gran víctima del libro de Wolfe, contrapuesto a Alfred Russel Wallace, un naturalista galés que cuestionó acertadamente sus teorías. Wolfe lo denomina el cazamoscas, porque el tipo –de familia humilde– se dedicaba a investigar la fauna y flora en latitudes tropicales, a diferencia del *gentleman* de Darwin y sus colegas.

A Chomsky le salió otro cazamoscas: Daniel Everett, el lingüista que estudió el habla del pueblo amazónico de los pirahã y que tumbó con su investigación la teoría de la recursividad del gigante del MIT. Wolfe se ensaña en los intentos de cientificación de la gramática y se ríe desde su tumba del fracaso de Chomsky.

El periodista ha compuesto un ensayo que es casi una novela, con secundarios de lujo como Gregor Mendel, el de los guisantes, y contraponiendo a los dos grandes nombres de la evolución, Darwin y Chomsky, a dos laboriosos cazamoscas, Wallace y Everett, que les acabaron ganando la partida. Hay momentos en que *El reino del lenguaje* parece un guión para una película al estilo de *Amadeus*, con la pugna entre Mozart y Salieri. Son las aventuras y desventuras de estos investigadores que en 150 años no han conseguido “nada de nada”.